



Fuente sedante

Madera de Max Jimenez

El proceso de Moscú

Por MALCOLM COWLEY

= Envío de Enrique Espinoza, Santiago de Chile, setiembre de 1937 =

(y 2.º Véase la entrega anterior)

Hay otras lecciones que sacar del último proceso de Moscú. No trato de escribir un relato sin partidatismo de los procedimientos de la Corte, porque aquello sería casi imposible, los hechos son demasiado cercanos: en cuanto nos ponemos a estudiarlos tenemos que tomar un bando u otro, y es fácil saber el que yo he tomado. Por otro lado, no me gustan las semi-verdades, o las contorsiones que se consideran expedientes correctos, y estoy tratando candorosamente de establecer las conclusiones que el proceso me sugiere. Algunas de ellas son desfavorables a la Unión Soviética, aun suponiendo que todos los cargos presentados en la Sala de la Corte fuesen fidedignos, talvez diría únicamente bajo esa suposición.

En primer lugar, el proceso de

mostró que durante los años 1930 a 1933, la Unión Soviética estaba en una situación mucho más crítica de lo que la creíamos nosotros en Europa Occidental. Muchos altos funcionarios de los ferrocarriles rusos temían que los medios de transporte se desbarataran. Muchos ingenieros estaban convencidos que las nuevas fábricas no se costearían. Los campesinos hacían huelgas contra la colectivización y en muchos casos se dejaban morir de hambre para combatirla. A expertos políticos militares como Radek les parecía que la guerra y la derrota eran inevitables.

En segundo lugar, las declaraciones prueban que había mucha deslealtad entre los altos funcionarios soviéticos; durante el proceso, más de cien nombres de conspiradores fue-

ron mencionados y esto permite suponer que varios miles más simpatizaban con ellos.

Los complotados y los saboteadores eran mucho más capaces que los que permanecían leales, un hecho que fué dramáticamente probado durante el proceso por el contraste entre el ingenio sutil de Radek y la testaruda insistencia del fiscal.

En tercer lugar, las pruebas demuestran que la animosidad se tornó en traición en gran parte por la falta de sentido democrático que hay en Rusia. Esto se ha dicho mucho en sentido general, pero los documentos del proceso lo sostienen en forma contundente. A todos los prisioneros se les hizo explicar por qué se habían hecho Trotskistas. La mayoría respondió que se debía a que estaban en desacuerdo con algún punto del Plan Quinquenal. Así, por ejemplo, Pyatakov era de opinión en 1931, de que «la construcción de inmensos trabajos de explotación en el Ural-Kuznetsk Complex concebida por Stalin carecía de base... Estas plantas no se costearían». En el mismo año Knyazev pensaba «que era imposible mejorar el trabajo de los ferrocarriles por el procedimiento que se estaba aplicando». Stroilov fué a visitar la hacienda colectiva, donde vivían sus padres, y «le pareció que lo que se estaba haciendo en pro de la colectivización iba por mal camino, en todo caso en cuanto al plazo que se habían fijado».

No se puede dejar de pensar que muchas de estas objeciones habrían desaparecido si se hubiesen debatido abiertamente. Pero la norma-programa del partido ya había sido fijada, y la fiebre de construcción no dejaba tiempo para discusiones. Los que dudaban temían ser tratados como enemigos públicos del partido si hablaban abiertamente; entonces optaron por pasar a ser enemigos secretos. En cuanto a la G. P. U. más bien creó traición al tratar de perseguirla. Así, el pobre Stroilov (me alegré al saber que libró solamente con una sentencia de ocho años) estaba aún indeciso cuando agentes del Servicio Secreto Alemán le amenazaron con entregarlo a la G. P. U. si no seguía las instrucciones de ellos. Knyazev, comenzó por ocultar en una forma semi-inocente el que un diplomático japonés había tratado de sobornarlo. Pero los Trotskistas tuvieron noticias del incidente y lo forzaron a obedecerles bajo la amenaza de denunciarlo